

Fecha: 07-01-2024
Medio: El Llanquihue
Supl.: El Llanquihue - Domingo
Tipo: Noticia general
Título: Casa Hardessen: una historia de patrimonio y desidia

Pág.: 6
Cm2: 718,7

Tiraje: 6.200
Lectoría: 18.600
Favorabilidad: ☐ No Definida

Casa Hardessen: una historia de patrimonio y desidia

Los incendios de la estación de Alerce y de la casa Binder estos últimos meses vuelven a resaltar la desoladora situación de los inmuebles patrimoniales de Puerto Montt. Es la olvidada casa Hardessen el más claro ejemplo de lo mal que se han hecho las cosas a nivel local. Sin embargo, no todo es lúgubre. Aún queda patrimonio. La remodelada casa Pauly, si es que existe voluntad y acción, puede marcar un punto de inflexión.

Nicolás Binder

Er ran las 17 horas del martes 31 de mayo de 1988 cuando Federico Oelckers Sepúlveda, alcalde de Puerto Montt, anunció en conferencia de prensa: "La decisión ya está clara. La casa Hardessen va a ser desarmada y la vamos a conservar para insertarla en un futuro proyecto".

Estaban todos al interior de la misma casa: reporteros, funcionarios municipales y el alcalde. Y Oelckers no esperó un día más. Esa misma tarde la singular vivienda de madera, ubicada en la esquina de calles Chillán y Diego Portales, comenzó a ser desmantelada. ¿El objetivo? Salvarla para las generaciones venideras. Y no tendría por qué ser de otra manera: el propio alcalde acababa de dar su palabra.

La casa merecía, debía ser conservada. Había sido erigida en 1922, diseñada por el arquitecto Alberto Oettinger y levantada por la constructora de Carlos Stange Klein. Pertenecía a la familia Hardessen-Outridge, conformada por el comerciante Otto Hardessen Krahmer, su esposa Ema Outridge Ebensperger, y sus hijos Marion, Lilian y Víctor. El mismo Otto que, posteriormente, sería socio de la empresa que en la actualidad conocemos como Dimarsa.

Más importante aún era que, además, la vivienda relucía. Era de un piso más buhardilla, lo que podría parecer pequeño, pero en realidad contaba con 14 habitaciones.

En fotos de antaño inmediatamente se nota que era una casa corpulenta, imponente y alta. Era también incólume, al punto que -excepto por dos o tres vidrios rotos- sobre-



EN LA EDICIÓN DEL 1 DE JUNIO DE 1988, EL DIARIO DABA CUENTA QUE EL ALCALDE RESOLVIÓ DESARMAR Y GUARDAR LA CASA HARDESEN.

vivió intacta el terremoto de 1960, como contaría Víctor Hardessen a El Llanquihue a modo de anécdota, unos días antes de su desarme definitivo. Tampoco pasaba desapercibida.

Todo lo contrario. Su techo rojizo y su fachada de amarillo crema le permitían contrastar con la atmósfera gris y melancólica a la que la ciudad estaba -y sigue- acostumbrada.

En fin. Era una casa robusta y luminosa. Sin embargo, después de sesenta y tantos años de existencia, esa luz se extinguía. Tras la muerte Otto Hardessen en 1973 y de su esposa Ema Outridge, en 1981, con el pasar del tiempo la vi-

vienda quedó deshabitada, por lo que sus hijos decidieron primero arrendarla (funcionó durante un año como sede del Rotary Club) y después hacer negocios con el terreno.

Por lo tanto, la casa tenía los días contados. No obstante, sabían que era un tesoro, por lo que tomaron la previsión de donarla a la municipalidad para conservarla.

Pero, ese noble gesto, a vista de lo que ocurriría después, tendría graves consecuencias.

Enmarcada dentro de un proyecto de remodelación del entorno de la plaza de Armas, la idea original de la municipalidad era trasladar la casa a los jardines donde se ubicaba un



EL 24 DE MAYO DE 1988, SE ANUNCIABA QUE EL ALCALDE TRATARÍA EL TRASLADO CON LA COMUNIDAD.



LA PORRADA DEL 24 DE MAYO DE 1988: POLÉMICA PROVOCA TRASLADO DE CASA.



UNA SEMANA DESPUÉS, SE INFORMABA LA POSTERGACIÓN DEL FUTURO DE LA CASA HARDESEN.

Fecha: 07-01-2024
Medio: El Llanquihue
Supl.: El Llanquihue - Domingo
Tipo: Noticia general
Título: Casa Hardessen: una historia de patrimonio y desidia

Pág.: 7
Cm2: 710,1

Tiraje: 6.200
Lectoría: 18.600
Favorabilidad: ☐ No Definida

(viene de la página anterior)

quiosco de información turística en la esquina de Varas con O'Higgins. Es decir, frente a la misma plaza.

La idea de traslado había pasado desapercibida durante los primeros meses de 1988, hasta que se conoció públicamente a comienzos de mayo. La polémica, entonces, se armó de inmediato.

¿Cuál era el problema? Que muchos puertomoninos opinaban que, de instalarse la casa en ese sector, la plaza iba a perder su condición de "ventana al mar".

Primero fueron cartas al director del diario; después, cartas abiertas firmadas por distinguidos ciudadanos, opiniones de algunas autoridades e incluso la del Colegio de Arquitectos, que hacía ver que, por tratarse de un bien nacional de uso público, incluso estaba prohibido emplazar la casa en el lugar elegido.

¿Qué hacer entonces? Entre las propuestas que hacían los mismos ciudadanos y arquitectos, estaba que el municipio comprara el terreno de la casa o lo permutara para que esta se conservara ahí mismo donde estaba; que se trasladara a un sitio nuevo que sirviera como puntapié inicial de una especie de "pueblito alemán" donde se conservaran otras casas tradicionales que corrieran el riesgo de desaparecer, o que simplemente se siguiera con el plan original, pero era la propuesta con menos apoyo.

Al final, nada de esto ocurriría.

La casa comenzó a ser demantelada el mismo día que el alcalde Oelckers dio a conocer su decisión.

Tras el desarme, los restos

seccionados quedaron bajo custodia de la municipalidad en una bodega en calle Regimiento, donde hoy se ubica el consultorio Carmela Carvajal. Y ahí quedó. Pasaron los días, las semanas, los meses e eventualmente años, y de la casa no se volvió a saber. Hasta que en una columna de opinión de 1992 publicada en El Diario Austral de Puerto Montt, el pintor Óscar Gacitúa González dio a conocer la situación: sólo sobrevivían algunas puertas y ventanales. "Los restos desmembrados de la casa hoy se pudren apilados en esa casa", aseguraba el artista.

Tres décadas después, el historiador César Sánchez, funcionario municipal en ese periodo, acompañó a Gacitúa en esa visita a la bodega. Contó una versión aún más insólita: según los mismos funcionarios de la bodega, el material seccionado -al menos buena parte- en realidad habría sido convertido en leña por los propios trabajadores municipales de la población vecina.

De esta manera, la casa Hardessen llegó a su fin. Un vergonzoso y penoso desenlace para lo que fue, como escribiría el arquitecto Gian Piero Cherubini en 2016, un "ejemplo de la permanencia de la escuela de carpinteros alemanes de Puerto Montt...".

Lo más triste, no obstante, vino después: la gente simplemente se olvidó de la casa y su historia. Y con el cambio de década, Puerto Montt comenzó a crecer descontroladamente, lo que aceleró la pérdida de casas tradicionales. Hasta que, a mediados de los años 90, llegó el tiro de gracia para el patrimonio local: el cierre de la esta-



LA RESTAURACIÓN DE LA CASA PAULY AVANZA, TRAS SUPERAR LA DETENCIÓN DE OBRAS POR HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS.

ción de ferrocarril. El mismo recinto que durante 83 años se había convertido en parte del alma de la ciudad. Y de eso trató la larga y penosa batalla por el tren durante toda la década, como correctamente lo advertían Óscar Gacitúa y otros unos años antes de que "la estación más austral del mundo" cerrara definitivamente sus puertas.

A esa altura ya no importaba. Si eran capaces de vender el alma de la ciudad al mejor postor para convertirla en un centro comercial, ya no había vuelta atrás. Y fue lo que el paso del tiempo terminaría por demostrar: en las cuatro colinas, de manera definitiva, el patrimonio dejó de importar.

Hoy es fácil culpar de la

pérdida patrimonial de estas últimas tres décadas a la anhelada industrialización -que arribó de la mano de la salmonicultura- y el consiguiente Progreso (con mayúscula) que arribó a Puerto Montt. Sin embargo, antes de la radical transformación de la ciudad durante los años 90, el germen de la desidia ante todo lo que oliera a patrimonio ya estaba presente en nuestras autoridades. Lo que ocurrió con la casa Hardessen es la prueba irrefutable de ello.

Es tentador, y a la vez frustrante, pensar en una línea temporal alternativa en la que la casa Hardessen fue salvada y el despojo patrimonial que vino después no fue tan brutal. Evidentemente, el Progreso no

habría sido detenido, pero si habría habido mayor conciencia y, a lo mejor, hubiésemos podido preservar unas cuantas casas más. La cantidad en realidad no importa. Tal vez una o dos más habrían bastado para que Puerto Montt también salvara su antigua identidad.

Pero eso es hacer ficción.

Heredamos, en cambio, el otro Puerto Montt. El Puerto Montt de los últimos 35 años, donde han desaparecido la casa Ivars y la casa Balzac, el Hotel Gamboa y la casa Ulloa, la villa Mónica y la casa Sepúlveda, la casa de Manoly y la casa Wistuba. Y muchas casas más. Casas ostentosas como también modestas, casas conocidas como también anónimas.

El mismo Puerto Montt donde seguimos perdiendo casas antiguas, ya sea por la ampliación de una calle o la construcción de un edificio, por el abandono o por los incendios. Y todos lo lamentamos. Reclamamos, nos indignamos, exigimos que la municipalidad haga algo. Pero las cosas siguen igual. Y después nos olvidamos, hasta que desaparece otra construcción histórica y se reinicia el ciclo de lamentos. Estos últimos meses las más recientes víctimas han sido las centenarias estación de Alerce y casa Binder de calle Egaña.

Quién sabe cuál será la próxima pérdida que todos lloraremos.


El panorama es lúgubre, es verdad. Sin embargo, hoy no todo es oscuridad. Hay buenas noticias, de hecho. La primera es que todavía nos quedan ca-

sas con historia. Muchas de ellas en rincones de la ciudad donde los tentáculos de las inmobiliarias aún no llegan, aunque siguen altamente expuestas a los incendios, el deterioro y el abandono.

La segunda buena noticia es que como las administraciones municipales han sido desastrosas en conservación patrimonial (algunas más nefastas que otras), no podemos estar peor de lo que estamos ahora. Por lo que en adelante sólo nos quedan dos posibilidades: seguir igual o mejorar.

El otro rayo de luz es que por estos días los puertomoninos ya podemos ver cómo está quedando la restauración de la casa Pauly. Y si bien aún falta un tiempo para que sea entregada y podamos hacer uso de ella, ya es evidente que revitalizará estética y culturalmente no sólo la esquina de Benavente con Rancagua, donde está ubicada, sino que todo el centro de la ciudad.

De esta manera, la casa Pauly será lo que la casa Hardessen, por desidia, nunca pudo ser. Y también será lo que las casas Ebel y Fernández aún podrían, si es que todavía tienen salvación, llegar a convertirse.

Pero la casa Pauly es la excepción. Sólo será un saludo a la bandera mientras la municipalidad -como también el sector privado- continúe de brazos cruzados, se quede solo en las buenas intenciones o se siga alineando a intereses inmobiliarios, mientras el Progreso siga borrando sin control la historia de Puerto Montt. 



LA CASA EBEL, EN LA ESQUINA DE BENAVENTE CON BALMACEDA, MUESTRA EL LENTO, PERO AVANZADO DETERIORO DE LA DESIDIA.